ALVARADO. DE LA PINTURA A LA EXPERIENCIA ELECTRÓNICA

Gema Abad, Comisaria de exposiciones y galerista.

Texto escrito para el catálogo de la exposición ***Los ingenios del bosque***, realizada en la galería Weber-Lutgen de Sevilla en septiembre de 2026.

Paul Klee afirmó que «el arte no reproduce lo visible; hace visible». Esta afirmación encuentra una resonancia especial en la trayectoria de Alvarado, cuya obra parte de la pintura y evoluciona hacia formas capaces de ocupar el espacio, desarrollarse en el tiempo y reaccionar ante la presencia del espectador.

La trayectoria de Alvarado puede entenderse como un proceso continuo de ampliación del lenguaje artístico. Sus inicios se sitúan en la pintura, territorio desde el que comienza a investigar la forma, el color, la composición y la capacidad de la imagen para generar tensión, movimiento y significado.

La pintura constituye, por tanto, el origen de su práctica. En ella aparecen ya algunas de las inquietudes que acompañarán su evolución posterior: el interés por la transformación, la relación entre orden y desequilibrio, el ritmo interno de las formas y la construcción de imágenes que no se agotan en una lectura inmediata.

En estas primeras obras, la superficie pictórica funciona como un espacio de exploración. El color organiza, articula y activa la imagen. Las formas se superponen, se desplazan o entran en relación, creando composiciones en las que parece existir siempre una energía contenida. Esa atención hacia el dinamismo de la imagen será decisiva en el desarrollo posterior de su trabajo

Con el tiempo, la pintura deja de ser únicamente una superficie para convertirse en el punto de partida de una investigación más amplia. La obra comienza a reclamar espacio, duración y presencia. Aparecen entonces la instalación y la performance, dos lenguajes fundamentales para comprender su evolución.

La instalación le permite abandonar los límites del formato tradicional y construir situaciones en las que la obra se relaciona directamente con la arquitectura, la luz, el sonido y el recorrido del espectador. El espacio deja de ser un simple contenedor y pasa a formar parte activa de la creación. Cada elemento adquiere sentido en relación con los demás y con la presencia de quien atraviesa la sala.

La performance incorpora el cuerpo y la acción como materiales artísticos. La obra ya no se define solo por aquello que permanece, sino también por lo que sucede en un tiempo concreto. El gesto, el movimiento, la presencia y la relación con el público introducen una dimensión viva y efímera que amplía las posibilidades de la imagen.

En este tránsito, Alvarado comienza a trabajar con una concepción del arte menos ligada al objeto aislado y más próxima a la experiencia. La obra puede ocupar un espacio, desarrollarse en el tiempo o depender de una acción. Esta apertura prepara el camino para la posterior incorporación de medios digitales y electrónicos.

La llegada del ordenador no supone una ruptura con la pintura ni con estas experiencias espaciales y performativas. Es una prolongación de las investigaciones que ya estaban presentes en su obra. La herramienta digital le permite explorar nuevas

posibilidades de composición, transformación, repetición y cálculo, además de trabajar con estructuras visuales difíciles de obtener mediante procedimientos tradicionales.

Parte de su obra para pared nace de este proceso. Se trata de imágenes concebidas y desarrolladas por ordenador que posteriormente se materializan mediante la impresión sobre distintos soportes. La imagen digital abandona así la pantalla y adquiere una presencia física en el espacio expositivo.

Este paso resulta esencial dentro de su evolución. El ordenador se convierte en un nuevo lugar de creación, pero la obra mantiene una relación directa con la tradición pictórica. Continúan presentes la composición, el ritmo, el equilibrio y la construcción de la imagen, aunque ahora el proceso se desarrolla mediante herramientas informáticas.

La impresión no actúa como una simple reproducción. Es el momento en el que la obra adquiere escala, textura y materialidad. El soporte elegido condiciona su relación con la luz, con la arquitectura y con el espectador. Lo digital encuentra así una forma de presencia concreta y se incorpora al espacio con una autonomía semejante a la de la pintura.

La experiencia acumulada en la instalación y la performance conduce progresivamente hacia una obra más compleja, en la que imagen, espacio, acción y tecnología comienzan a integrarse. La escultura electrónica aparece como una consecuencia natural de esta evolución.

En Alvarado, la escultura rara vez se presenta como un objeto inmóvil y cerrado. Muchas de sus piezas incorporan sistemas electrónicos, sensores, mecanismos, luz, sonido y programación. La obra adquiere la capacidad de reaccionar ante el entorno y de modificar su comportamiento según la presencia o la intervención del público.

La escultura electrónica recoge elementos que ya estaban presentes en la performance y la instalación. De la primera conserva la acción, el tiempo y la posibilidad de que algo suceda; de la segunda, la relación con el espacio y con el recorrido del espectador. La tecnología permite articular ambos campos y convertir la pieza en una estructura activa.

La interacción se vuelve entonces esencial. Quien se aproxima deja de ser únicamente observador. Su movimiento, su cercanía o su presencia pueden desencadenar una respuesta y completar el funcionamiento de la obra. La pieza no permanece indiferente, sino que establece una relación directa con el público.

Esta condición convierte muchas de sus esculturas en pequeñas situaciones performativas. Aunque no siempre intervenga físicamente el artista, existe una acción, una respuesta y una duración. La obra se activa en el encuentro y adquiere pleno sentido cuando entra en relación con alguien.

El sonido ocupa también un lugar importante en este proceso. Su carácter inmaterial amplía los límites de la escultura y transforma la percepción del espacio. Introduce ritmo, espera, tensión y duración, reforzando la condición temporal de la obra.

La tecnología nunca aparece como un fin en sí misma. Alvarado no la utiliza para exhibir innovación técnica, sino como un recurso expresivo capaz de ampliar la experiencia.

La electrónica permite que la pieza se mueva, escuche, responda o cambie, pero siempre al servicio de una idea artística.

Su evolución no debe entenderse como una sucesión de etapas cerradas. Alvarado no abandona la pintura cuando se aproxima a la instalación, ni deja atrás la performance cuando incorpora la electrónica. Cada lenguaje permanece, se transforma y reaparece en los siguientes lenguajes.

La pintura aporta la estructura visual; la instalación amplía la obra hacia el espacio; la performance introduce cuerpo, acción y tiempo; el ordenador abre nuevas posibilidades para la imagen; la impresión devuelve materialidad a lo digital, y la electrónica permite que la obra reaccione e interactúe.

Desde mi mirada como comisaria de exposiciones y galerista, uno de los aspectos más valiosos de su trayectoria es precisamente esta continuidad. Cada transformación nace de una investigación anterior y conserva algo de ella. La evolución no responde a una voluntad de ruptura, sino a una necesidad de ampliar las posibilidades de la obra.

Alvarado construye así un lenguaje en el que la imagen se convierte en presencia, la presencia en acción y la acción en experiencia compartida. Su trabajo parte de la pintura, atraviesa la instalación y la performance, se expande mediante la creación digital y alcanza en la escultura electrónica una de sus formas más complejas.

El resultado es una obra abierta, experimental y profundamente contemporánea, capaz de relacionar materia, cuerpo, espacio, imagen, sonido y tecnología sin perder la coherencia de su origen.